

Alicante

Rosa Guijarro Carratalá

Moisés Real, 23

HARINA PARA DOS ILUSIONES”

El estentóreo traqueteo del tren no menguaba en modo alguno la capacidad de razonamiento de Rosa: “Con los diez kilos de harina podré dar pan a mis hijos durante bastante tiempo”. Tras siete horas de viaje, nuestra alicantina seguía pergeñando hábilmente el modo en que distribuiría el alimento de tal modo que pudiera aprovecharse al máximo.

El viaje, más semejante a la increíble Odisea homérica que al Quijote por cuyas tierras manchegas se deslizaba hacia el gran “poblachón manchego” este tren, se había ideado una vez que el suministro de harina para la ciudad de Alicante había quedado reducido, y nunca mejor dicho, a unas cuantas migajas sólo accesibles a los influyentes jerifaltes del régimen. Así, y gracias a la intervención de su hermano el ferroviario, Rosa pudo viajar gratuitamente a un poblado que estaba al pasar Madrid... ¡para ir a por unos kilos de harina con la que elaborar el pan de sus dos gotitas de ilusión en la vida: sus hijos!

Ensimismada y absorta en sus propios pensamientos, no percibía en toda su magnitud la crueldad de la guerra: carreteras destrozadas, campos arrasados cual si un vendaval dantesco los hubiera castigado, y pueblos enteros en ruinas que semejaban a los ínfimos guijarros aplastados que dejan las olas tras llegar a la orilla del mar y descargar su furia contra la arena levantina. La guerra. ¡Una guerra entre hermanos! ¡Maldita guerra!

Rosa llegó al pueblo de destino, y una vez allí encontró con facilidad al estraperlista que le proporcionó la harina. ¡seis pesetas por kilo!. Así funcionaba la venta clandestina, que enriquecía lucrativamente al vendedor pero también llenaba sentimentalmente de ilusión al comprador necesitado de algo sensiblemente mejor a lo recibido de las autoridades.

Ahora convenía ser discreto: los productos de estraperlo podían ser requisados por la Guardia Civil, cosa que sucedía muy a menudo en el tren, en el que inquisitoriales y soberbios miembros de la benemérita irrumpían a menudo para echar por la ventana maletas llenas de harina, tabaco, maíz...

La más subyugante de las inquietudes se apoderaba de Rosa quien, ante la perspectiva de perder el preciado “manjar”, llegaba incluso a mostrar algún esbozo de desesperación. “¡El pan de mis hijos está aquí! Sagrado Corazón, a vos me encomiendo. Hazme llegar con la harina.”

De repente, como surgido de la parte de atrás de los polvorientos carros que cruzaban el Oeste en plena noche, un hombre se le acercó. “Si lleva usted harina, baje del tren, porque sé que en la próxima parada los guardias nos la van a quitar”. Era uno de los “chivatos”, gente que conocía de primera mano cuándo iban a registrar los bultos.

Rosa no lo dudó. Se acercó con sigilo a la puerta de salida del vagón y, mientras asía la maleta de la harina con una fuerza semejante a la que hubiera empleado si llevara a sus propios hijos en ella, saltó del tren sobre la yerma tierra castellana. Sabía que tenía que deshacerse de aquello antes de que la descubrieran, pero se resistía con dolor de su alma a aniquilar el sustento de sus dos únicas ilusiones, que en aquel momento se manifestaban en dos gruesas lágrimas que recorrían de manera morosa sus atezadas mejillas. ¡Maldita hambre! ¡Maldita guerra!

Tras correr poseída de una fuerza irrefrenable, Rosa llegó a otro pueblo y revendió la harina a siete pesetas, de tal modo que cerró el círculo trazado por Cervantes en la Ínsula Barataria con su Sancho: los guardias burladores de estraperlo habían sido burlados por la astucia y valor de la madre más entregada a sus retoños.

Con el dinero ganado, compró más harina en otro pueblo cercano, y pudo llegar a Alicante tras un largo día de viaje. Al llegar allí, descendió del tren, y sintió sobre el peso de sus hombros un cansancio indescribible, sólo mitigado por las dos sonrisas que se abrían paso entre la muchedumbre para abrazar a su madre. Y



entonces, Rosa se dio cuenta de que todo, absolutamente todo, merecería la pena con tal de seguir manteniendo viva la llama de la vela de aquellos dos pequeños corazones.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

En ocasiones nos encontramos ante personas cuyo sufrimiento en la vida sólo es comparable en su magnitud a la desbordante alegría que muestran una vez superado el rubicón de todas las adversidades padecidas en la vida. Así podríamos definir a Rosa Guijarro.

“He pasado muchas calamidades”. Sólo la tristeza de naufrago que inunda su rostro al acordarse de la miseria de la posguerra, tan sólo ese gesto sirve para darnos cuenta de las penurias sobrellevadas por nuestros ancestros.

Ahora cree que el aprendizaje que le dio la vida, si bien no fue guiado por los más egregios catedráticos, sí fue tan útil como el que pudieron obtener el Lazarillo o el Buscón en las callejuelas inmundas de la vida.

El recorrido vital de Rosa, más semejante a una bildungsroman o novela de aprendizaje llena de hechos rayanos en lo ficticio (aunque sean reales) que a la vida de una persona, nos muestra cómo la más abnegada constancia y el deseo de dar lo mejor de sí para encauzar el camino de sus familiares, pueden sobreponerse a los más increíbles infortunios.

“Dale a cada uno lo que se merezca, pero si ese uno es tu hijo, dale todo aunque no se lo merezca”. Este lapidario y contundente corolario nos lleva a reflexionar sobre el valor que ciertas personas pueden dar a su familia, y sobre cómo son capaces de anteponer su felicidad a la de sus hijos para hacer más llevadera la vida de éstos últimos.

Por ello, hoy es la cercanía de sus hijos, nietos y biznietos lo que la hace mantenerse apoyada en su vetusto bastón. Es esa sonrisa cercana, la del descendiente feliz de recibir el cariño de su abuela, la que recibe un sentimiento de agradecimiento recíproco al depositar con suavidad el niño la cabeza en el pecho de esta adorable anciana y sentir cómo sus latidos se aceleran mientras el joven duerme dulcemente y Rosa deja correr por sus mejillas dos lágrimas de alegría e ilusión.